

Cambio, Transformación y Evolución

Imaginen a un artesano. Un experto transformador, conectado con su contexto. Primero, escoge el material, el elemento más importante de su trabajo. Lo trata con sumo cuidado, generando de manera lenta y progresiva un sutil vínculo entre la materia concreta y el ideal potencial que surgirá de ella. Inspirado entonces por un sentido creador, por la influencia de su entorno y por una necesidad estética; va poco a poco, paso a paso y movimiento a movimiento, dándole al material una forma que antes sólo existía en el plano de lo ideal. Y lo hace con sentido y con vida, con técnica y con arte, permitiendo que lo nuevo surja. Hasta finalmente lograr que aquello inexistente o que tenía antes una forma diferente, se manifieste ahora de manera genuina y original. ¿Pueden imaginar una nueva y preciosa figura emergiendo a partir de la greda informe de un cerro? ¿Representa para ti este fenómeno creativo, un “proceso de transformación”?



Desde el regalo que este ejemplo nos brinda, podemos mirar el coaching ontológico como un proceso en donde el *paso a paso*, va configurando el ritmo necesario a partir del cual podemos generar cambios sutiles. Cambios que desembocan idealmente, en la transformación y manifestación de una nueva realidad. Y en esta suma de acciones rítmicas y vitales, el ser de dos humanos unidos por un propósito común –

sirviendo el uno y aprendiendo el otro – se va moldeando en el tiempo, dando como resultado un constante aparecer de nuevas posibilidades.

Si el artesano no sostuviera el proceso de creación y dejase el material de lado, la transformación entonces no sucedería y el propósito por lo tanto acabaría diluyéndose, y también con ello el objeto deseado.

Lo mismo ocurre en los procesos de coaching. En este contexto aparece por lo tanto, la necesidad fundamental de ser capaz de sostener el camino y las acciones necesarias que nos permitan llegar a consolidar y hacer que esa transformación aparezca.

Esto me lleva a pensar que, si nos conectamos con el día a día y con cada acto de vida, podemos mirar cada inicio como la apertura a un nuevo proceso; ya sea, escribir algo nuevo, empezar una nueva relación, entrar a un nuevo trabajo o abrirnos a un nuevo aprendizaje. Todos estos, representan caminos que iniciamos, y en los que tenemos que enfrentar obstáculos, a veces sosteniendo a unos y a veces necesitando de otros.

Continuemos Profundizando

Si nos apegamos a la definición de la palabra proceso, esta nos indica lo siguiente: *“Sucesión de actos o acciones realizadas con cierto orden, que se dirigen a un punto o finalidad, así como también al conjunto de fenómenos activos y organizados en el tiempo”*

La etimología de la palabra viene de *pro* (para adelante) y *cere* (caer, caminar). Por lo tanto, proceso significa “progreso, avance, marchar, ir adelante, ir hacia un fin determinado”.

Contamos entonces con una primera pista para poder aproximarnos a lo que como coaches nos convoca; esto es, asumir que los procesos humanos, individuales y colectivos, son por cierto, muy diferentes y complejos a los procesos de otras índoles.

Los procesos revisten una mayor complejidad y misterio que la sola suma lineal de conversaciones. Es una conversación de aprendizaje con movimiento propio. Un movimiento en espiral que contiene distintas etapas, las que de manera fluida, van evolucionando una en la otra. En otras palabras, no constituye un movimiento lineal de conversaciones sucesivas; sino, una orgánica sucesión de movimientos que se van proyectando en espiral, y que van expandiendo las posibilidades del coachee y sus posibilidades de acción en el mundo.

Como seres humanos, estamos rodeados de procesos; por ejemplo, aquellos que son propios del medio ambiente y que transforman el paisaje, nuestro entorno y finalmente a nosotros mismos. ¿Cuántos procesos necesitan haber ocurrido por ejemplo, para el nacimiento de una cordillera? Sin duda innumerables, tanto a pequeña como a gran escala. Mientras algunos procesos terminan, otros recién comienzan. Mientras algunos se superponen y traslanan, otros incluso se oponen entre sí (como el sol y la lluvia que recibe). He aquí la complejidad. Todos ellos encierran un profundo misterio y poder que finalmente se manifiestan en la forma de lo que conocemos como cordillera, con la innegable presencia y efecto que su belleza nos genera.

Estos son los resultados de los procesos. Y existen aquellos que son tangibles y aquellos que no lo son.

¿Cuántos procesos nos han llevado a ser quienes somos hoy? ¿Cuántos más se requieren para llevarnos a una vida más satisfactoria?

Transformación y Evolución: el Para Qué de los procesos

En esta era de la inmediatez y de la soledad, constituye sin duda una revolución innovadora, la acción de ser acompañado por otro en el proceso de mirar nuestras propias inquietudes, dolores y limitaciones, para validarlas y aprender de ellas. En efecto, ello ha favorecido que esta disciplina se vaya consolidando cada vez más en el mundo.



Teniendo esto en consideración, podemos mirar que aparecen tres estadios para un proceso. Un proceso para el cambio, un proceso para la transformación y un proceso para la evolución, en los que profundizaremos a continuación.

Muchas veces las personas asocian el concepto de cambio a un proceso de transformación, y esto puede ciertamente llegar a generar confusión. El cambio supone en primera instancia, una necesidad puntual y específica de que algo funcione como esperamos que lo haga, con la condición adicional de que ocurra de manera inmediata.

En mis años de ejercicio, suelen acudir coachees con inquietudes acotadas; como por ejemplo, prepararse de manera óptima para una importante presentación en el trabajo. Como podemos ver, si aislamos la inquietud inicial, que la naturaleza de su búsqueda es clara y puntual y se enfoca de manera específica en la generación de un cambio que lo faculte a pararse frente al público de una manera distinta. ¡Voila!

El riesgo que se visualiza aquí, es que la nueva acción se sostenga solo por un tiempo acotado por la falta de recurrencia necesaria. En el segundo caso en cambio, postulamos que los coaches ontológicos responden más bien a procesos que hemos llamado *para la transformación*.

Proceso para la Transformación

La transformación podemos mirarla como el resultado de una suma de cambios. Si establecemos una comparación con el desierto, que florece por efecto de la lluvia cambiando mágicamente el paisaje; no podríamos en este caso hablar de transformación, pues las flores desaparecerán tan pronto como acabe su ciclo vital y el paisaje del desierto por tanto retornará a su aspecto habitual. Entonces, lo acertado es señalar que lo que hubo aquí, es solo un cambio temporal. Por otro lado, si lloviese sistemáticamente año tras año, seguramente el paisaje del desierto llegaría a transformarse radicalmente; y de ser un lugar árido, pasaría a ser un lugar tan lleno de vida que nadie sospecharía que antes hubo un desierto. En esta ocasión, estamos frente

a una suma de cambios que han llegado a generar ciertamente una verdadera transformación sostenida en el tiempo.

Por lo tanto, podemos sostener que una transformación requiere que se den cambios recurrentes, rítmicos y sostenidos, para que el aprendizaje llegue a ser evidente y duradero.

En el coaching ontológico, la transformación podemos relacionarla con el aprendizaje de segundo orden; aprendizaje que ocurre en los tres dominios del ser —cuerpo, emoción y lenguaje— y que implica una ampliación del Observador que somos en el mundo. En virtud de ello, accedemos no solo al mundo de las acciones; sino que además, nos constituimos en individuos que interpretan al mundo y se relacionan con él y consigo mismo a través de sus acciones.

La transformación por lo tanto, la podemos entender como un proceso a partir del cual, se modifica el ser que soy y mi manera de habitar el mundo, manteniendo al mismo tiempo mi identidad.

El tiempo, es un factor que aparece como una variable relevante en este tipo de procesos, toda vez que para el ser humano, la transformación no es un fenómeno que ocurra en el lapso dos conversaciones. Aquí es donde, las palabras sostener y recurrencia cobran relevancia; y se transforman por tanto, en el cimiento sobre el que se desarrolla un proceso de coaching para la transformación.

Procesos para la Evolución

Entendemos la Evolución como un proceso de transformación constante.

Al vivir en un contexto de realidad siempre cambiante, nuestras relaciones tienden a ser dinámicas y variables, y nos desafían constantemente a mirar y actualizar nuestro hacer. Esta exigencia nos lleva a encontrarnos con nuestros límites y con nuestras posibilidades como seres humanos.

El proceso de enfrentarnos a un quiebre y generar con ello un nuevo aprendizaje, no constituye evidentemente un hecho aislado. La dinámica del mundo actual nos enfrenta de manera periódica a hacernos cargo de nuevos quiebres, lo que hace que nuestro proceso de aprendizaje sea permanente a través del tiempo. Por eso, en el contexto de los procesos de coaching, asumimos que la evolución constituye una suma de transformaciones sostenidas en el tiempo; y como tal, nunca termina. Es un estado de constante movimiento, como todo lo vivo.

Desde este sentido, postulamos que los procesos de coaching, más que apuntar a un simple cambio, debieran enfocarse de manera esencial a la transformación de un ser humano. Un proceso que lo conecte con el profundo camino de la evolución, en el

entendido de que se trata de un camino cuyo inicio y final, no están necesariamente definidos. Un camino cuyo movimiento nunca termina.

Las respuestas a estas preguntas, quizás te ayuden a reconectar con aquellos aprendizajes que fueron determinantes en tu vida y te abrieron a nuevos mundos propios. Mundos que sin duda alguna puedes seguir transformando. Y ello nos lleva a preguntarte nuevamente: ¿Qué quieres transformar hoy? ¿Hacia dónde va tu camino de evolución?

Erika Salazar M.
erika@ehumana.cl

Notas y Extracto Resumen
Paper escrito para el Programa ACP Avanzado
The Newfield Network

www.newfield.cl
Santiago, 2018

